

postule la menor cantidad de tipos de entidades. Lo de la navaja es lo que atribuyeron, un poco por broma y admirados, los filósofos de su escuela nominalista: la navaja del monje Ockham le cortaba las barbas al mismísimo Platón. La idea pasó a otras disciplinas y a otros tiempos. Los franceses dicen: “lo breve: lo claro”. En matemáticas se busca un “teorema elegante”. La física, una “constante”. Si invoco este principio es porque, como profesor, estoy habituado a la lista de lavandería que mis alumnos candidatos a doctores, establecen para cada problema. La explicación de un fenómeno debe optar por tres o cuatro causas. El resto sobra. De ahí, la deliberada economía de este libro. Seis casos de nación.

Hay una sociología exhaustiva y otra con la navaja de Ockham. La mejor, a mi gusto, es la segunda. Norbert Elias explica cómo los aristócratas se civilizan a partir del Renacimiento mostrando desde cuándo, al estornudar, comienzan a usar pañuelos; cómo comen en una mesa y con quiénes —los modales—, y dónde defecan. La interiorización de impulsos y el autocontrol los civilizan (*La sociedad cortesana*, 1982). Bourdieu establece que la gente se distingue en clase superior, media y baja no solo por ingresos sino por el uso del tiempo de ocio, cómo se visten, qué comen y cómo se divierten. Los separan los gustos. Sociología de las prácticas culturales, lo feo, lo vulgar, lo refinado (*La distinción*, 1979). La navaja de Ockham se aplica en varias disciplinas. Evans-Pritchard, antropólogo, le bastó un pueblo en los confines de Etiopía y estudiar a los Nuer para el sistema político de los africanos. A Malinowski, los indígenas de las islas Trobriand para *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Y no millares de islas. A Clifford C. Geertz, el plano de una aldea, las irrigaciones y las peleas de gallos para comprender la cultura de la isla Bali. A Margaret Mead, le bastó tres pueblos —los Arapesh, los Mundugumor, los Tchambuli—, el rol de las mujeres y cómo educaban a sus hijos, las sanciones y los premios, lo que daba tres tipos distintos de adultos. Sexo y temperamento estrechamente ligados en una isla de Nueva Guinea. No en millares. Y basta de ejemplos. La navaja de Ockham.

## **¿SANGRE O PERTENENCIA? LA NACIÓN COMO PROBLEMA**

El XIX fue el siglo de las nacionalidades. Casi todas, en ese lapso, se instalan en la escena mundial. Incluyendo las nuestras, las latinoamericanas. Fue también un tiempo de debate sobre qué es lo que es una nación. La piensan y la debaten, por un lado, pensadores alemanes, Schiller, Fichte, Herder. Del otro, los franceses, de Sieyès

a Renan. Sobre esa controversia volveremos repetidas veces. El Estado alemán y la nación francesa tuvieron construcciones diferentes. Los franceses invocaron como legitimidad la idea de pueblo soberano y los alemanes el concepto de *Volk*. Pero a pesar de la circunstancia histórica bien singular de ambas naciones, quedaron paradigmáticamente dos maneras de edificar la nación y el Estado moderno. En la práctica institucional se da lugar a variables de nación que se inspiran tanto en uno como en otro caso de construcción nacional. Sería un error pensar que esa polémica está zanjada. Si en el XIX se instalan, no han cesado de nacer nuevas naciones a lo largo del siglo XX.<sup>4</sup>

La nación es un tema decisivo. Hoy, la vida nacional es la más difundida en el mundo, acaso como fue en un tiempo remoto en la historia de la humanidad la profusión de hordas, tribus, etnias y clanes. Con la sola diferencia que los Estados nacionales reúnen más gente que aquellas formas de sociabilidad arcaicas reducidas a modos de producción escasos como la caza o la primera agricultura. Ahora bien, cuando la historia de las civilizaciones fue abordada en las obras de Spengler, Toynbee, Northrop y en los estudios de Kroeber, el descubrimiento de que había “latidos creadores” y no una sola fase de esplendor o de decadencia, dio lugar a una temática de las civilizaciones.<sup>5</sup> En cambio, el estudio de las naciones no ha dado lugar a una rama particular de las ciencias humanas.

¿Qué es una nación? ¿Qué liga a los connacionales de un país? Se nace francés o americano, de padres franceses o americanos. Y mexicano, peruano o australiano. Pero también se adquiere la nacionalidad. En una perspectiva moderna, la idea de nación se decide por “libre adhesión y voluntad” de una comunidad política. Esta idea proviene de la Declaración de los Derechos del Hombre (*Diccionario Axal*). No se ignora los nexos de nacimiento, raza, territorio o historia, sino que se prefiere que emerja una nación a partir de “un conjunto de ciudadanos contratantes”, a los

---

<sup>4</sup> Aunque Nación y Estado no son lo mismo —un Estado puede estar formado de varias “naciones”— una indicación de la tendencia mundial es el número de miembros de la ONU. Al fundarse, en 1945, eran 51. En el 2012 son 193 Estados. Otra indicación son las delegaciones que participan en los Juegos Olímpicos. En 1948, después de la guerra, 60 países. En Sidney, en el 2000: 199. En las de Londres del 2012: 204 países. Eric Hobsbawm señala que bajo el principio del “umbral” adoptado desde el presidente Wilson, Europa tuvo 26 estados. Más o menos, los actuales. Pero a la vez, existen 42 movimientos regionales en solo Europa. No todas pugnan por llegar a ser naciones con Estado. Lichtenstein y Luxemburgo no preocupan “más allá de los filatélicos”, dice. Pero Irlanda, el País Vasco, o Cataluña, plantean un problema de fondo. ¿Qué pasaría si se abandona el principio del umbral? pregunta Hobsbawm, en *La nación y el nacionalismo*, 1990.

<sup>5</sup> Pitirim A. Sorokin, *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*. Danilevsky, Spengler, Toynbee, Schubart, Berdiaeff, Northrop, Kroeber, Schweitzer, Aguilar, Madrid, 1960.

que se supone atan diversos lazos históricos. No son estos, sin embargo, los que necesariamente determinan su nacimiento sino “la voluntad general” y los “principios públicamente proclamados”.<sup>6</sup> Es la definición más corriente, la más extendida, la que adoptaron innumerables naciones modernas, pero faltaríamos al espíritu del presente libro si dijéramos que es la única.

A la concepción llamada voluntarista y contratalista, que proviene de la revolución de 1789, se contraponen otras. Se inspira en vínculos como la tradición y la sangre, se le llama entonces “primordialista”. El caso más notable es el antecedente de Alemania históricamente “nación cultural” pero dispersa como Estado, hasta la unificación de 1871. Y la unión de las dos Alemanias de nuestro tiempo. Pero no es el único caso de vínculos culturalistas que preceden al Estado-nación.

Desde el siglo XIX se utilizan los conceptos de *jus sanguinis* y de *jus solis*. Derecho de sangre y derecho de suelo. El primero se adecúa a la visión alemana de la política, de la historia y del mundo. El segundo a la idea francesa de la nacionalidad como una ciudadanía: “abrazar el mayor número de ciudadanos posibles, sin discriminación, por filiación, matrimonio o residencia” que proviene de Bonaparte. Pero la ocupación de 1940, y los efectos variados de la migración norafricana han ido creando una crisis de identidad. En realidad, ambos criterios, *jus sanguinis* y *jus solis*, se enfrentan pero también suelen combinarse. El tema se traslada a las políticas adoptadas por una y otra legislaciones para integrar (o rechazar) a los inmigrantes. Tema decisivo en el mundo en que vivimos. Es un hecho: vastas poblaciones se desplazan de un punto a otro del planeta. Y existen naciones sin Estado, Naciones-Estado y Estados multinacionales. Los últimos, son los más frágiles.

Estudiamos de inmediato la sociogénesis de las naciones europeas. Y hay que convenir que revela, en siglos, dos lógicas de nación. La mayoritaria es la de aquellas naciones organizadas tras una idea de nación más jurídica y social que ancestral. Aquellas en que el postulado político que permite la vida en común proviene de un pacto contractual al que se sujeta un cuerpo libre de asociados, como se dijo líneas atrás. Con pactos voluntarios entraron muchos pueblos a la modernidad. En ese caso, algo arrancó en 1789 con la revolución francesa y con la guerra de la Independencia de los Estados Unidos de América. Algo decisivo. Para el pueblo o los pueblos de esas naciones contractuales, ella viene a ser una fecha y un propósito

---

<sup>6</sup> Philippe Raynaud y Stéphane Rials, *Diccionario Axal de Filosofía Política*, Ediciones Axal, Madrid, 1996. Nación: p. 535 y ss.

que atraviesa los tiempos y que no viene forzosamente del pasado. Para otros, “proviene de vínculos orgánicos, naturales, es decir, nacidos históricamente en una comunidad viva” (*Diccionario Axal*, p. 535). A esta última concepción la llamaremos, sin agravio, diferencialista, culturalista, en fin, “primordialista” como la llaman sus principales teóricos.<sup>7</sup> Ahora bien, hay quien sostiene que la nación es siempre “novedad”. Es la tesis del historiador inglés Eric Hobsbawm.<sup>8</sup>

En fin, la nación ingresa al campo de lo universal políticamente entrelazada al Estado moderno, lo cual no simplifica sino que agrava nuestra pesquisa. ¿Cómo nos ocupamos de los casos en que no hay nación étnica, lingüística o solidaria que preceda a la instalación de un Estado republicano? Precisamente ese fue el requisito ausente en los primeros decenios del XIX, cuando la mayoría de jóvenes naciones, entre ellas, las nuestras, las latinoamericanas, se desprendieron del tronco hispánico, en la hora y en la deshora de la Independencia. En consecuencia tuvimos Estado antes que Nación. *Building* antes que *Bildung* (construcción antes que vivencia). Sin morada común habría dicho Basadre. Sin ponernos de acuerdo con quiénes y cómo íbamos a caminar los tortuosos senderos de nuestra historia. No fue el caso de las naciones europeas. Pacto o herencia, comenzaron desde los cimientos. Desde el ancestro o el contrato. Nosotros, desde el repique de campanas y torres de un patriotismo a menudo habitado por almas y patrias intestinas y no solo distantes sino rivales. Cuando no se tiene antepasados en común se puede y debe tenerse entonces ley. Pero no ha sido nuestro caso.

La nación es un concepto arduo, es lo que estamos confesando. Por una parte vincula el concepto con los sentimientos: gente, pueblo, tierra, terruño, pueblo natal, vecindad, paisaje. Pero, por la otra, connota ciudadanía, derechos, Estado, potencia,

---

<sup>7</sup> Hroch, Miroslav, historiador checo, nacido en Praga en 1932, sostiene que la nación tiene etapas cronológicas. Primero existe en lo cultural. Luego se realiza en lo político. Por último, la gente interioriza el concepto de nación. En: *Precondiciones sociales del renacimiento nacional en Europa*, Praga, 1968. Su traducción al inglés es posterior. Al concepto de primordialista vamos a aludir repetidas veces. En contraposición con los modernistas, Gellner y Hobsbawm.

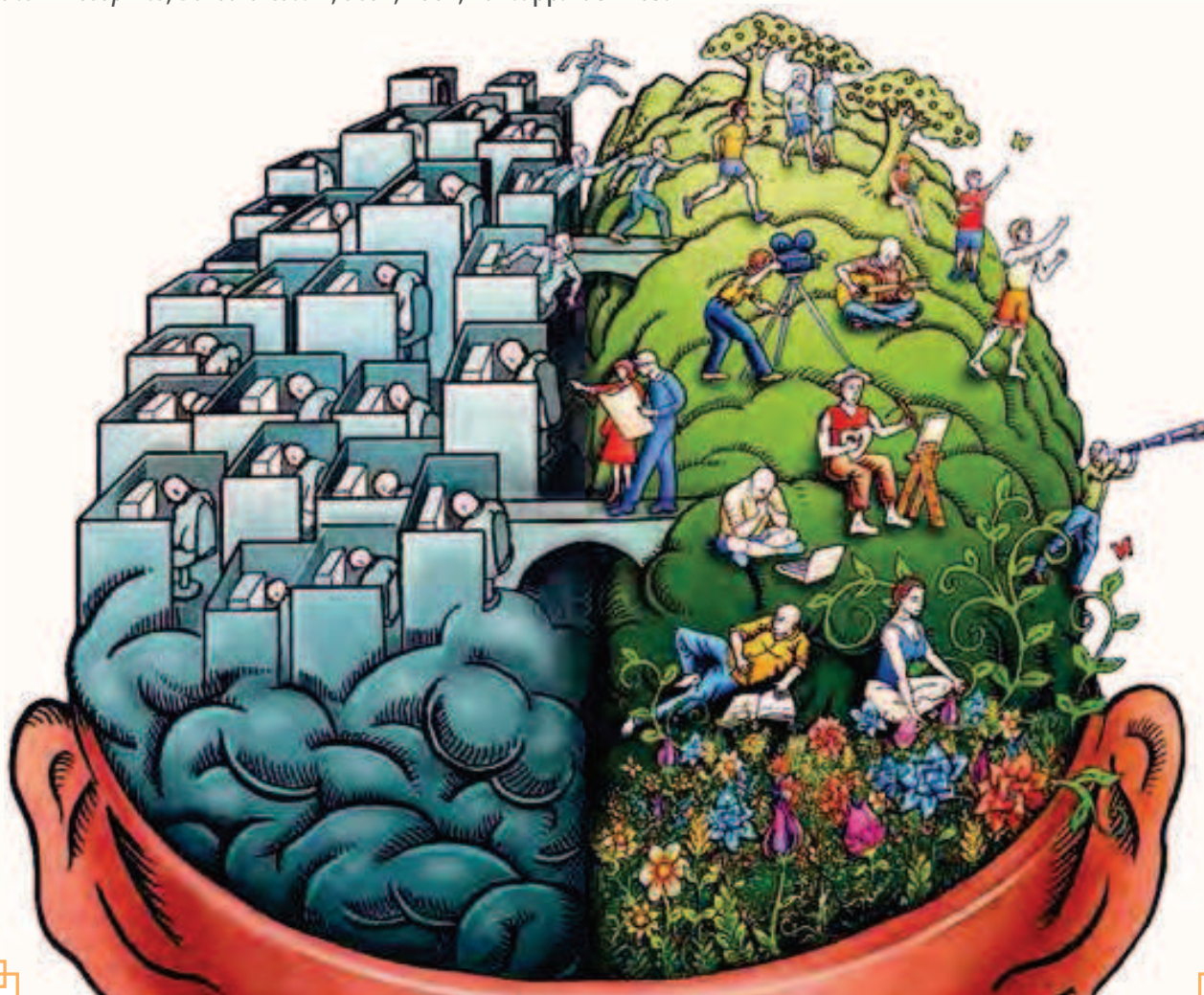
<sup>8</sup> La nación caminaba a la modernidad siempre y cuando fuese “grande y viable”, recuerda Hobsbawm. Era un criterio —señala— de la burguesía liberal europea del XIX. Pero no solo de ella, del propio Marx, que veía en la nación, bajo ese mismo criterio de densidad, “una etapa superior del devenir histórico”. Sobre la resistencia de los marxistas en los primeros y revolucionarios años del siglo XX, en reconocer el derecho al Estado-nación a entidades “pequeñas”, véase en este mismo libro, la controversia del austriaco Otto Bauer con casi todos los marxistas de su tiempo, incluyendo a Stalin y a Lenin.



## STATE-BUILDING Y BILDUNG

*Construcción del Estado desde la educación cívica y las costumbres*

Es sumamente revelador el uso de *State-building* para explicar, en la lengua y la cultura inglesas, la construcción de los Estados modernos. Literalmente quiere decir edificación, como cuando se tiende un puente o se levanta un rascacielos. Aplaudamos el sentido de lo concreto y veamos lo que pasa en otra cultura, la alemana. Para el mismo empeño, la construcción de la nación, los alemanes prefieren el vocablo *Bildung*, es decir, educación, entendida como integración del individuo a la sociedad y a una idea de voluntad formadora. Los germanistas señalan que es más modesta que la de *Kultur* o la *Zivilisation*, pero de alguna manera las prepara. *Bildung* resulta concepto tan amplio como *paideia* de los griegos o *res publica* de los latinos. Lo que importa es que el *Bildung*, no por azar, surge de una sociedad como la alemana con lengua en común y cultura homogénea desde hacía siglos y mucho más tarde, un Estado unitario en 1871. La cultura y la filosofía alemanas preparan la Alemania industrial, militar, moderna y pangermánica. En Herder fue concepto central, al preferir el movimiento a lo que permanece fijo. “El término le permitía englobar la educación intelectual y el refinamiento de las costumbres”. Hay una tensión entre el término *Bildung* y *Kultur*, que se desarrolla desde los días de las Luces. Entre la universalidad de la nación y su singularidad inmediata, en el contexto germánico, el término da cuenta de una particularidad. El *Bildung* está dotado de una voluntad arbitraria intraducible. Herder lo prefiere, se aplica menos al individuo que a la humanidad. No solo es una idea, sino un comportamiento, un sentimiento, una impresión sensible. De ahí, en Herder, su *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit*, “Todavía una filosofía de la historia para la formación de la humanidad” (1774). Sobre *Bildung*, en *Vocabulaire européen des Philosophies*, Barbara Cassin, Seuil, 2004, París. pp. 195–205. ■



monarquía, república. Con los vivos y con los muertos. Con el presente, el pasado y el porvenir. Marca lo que se nos acerca, al compatriota, y lo que es distancia y diferencia, al apátrida y al extranjero. Estas páginas, hay que decirlo, no tienen una intención normativa sino descriptiva. Pero un gran filósofo, Paul Ricœur, ha dicho “describir ya es explicar”.<sup>9</sup> Indagar por el recorrido histórico de la idea y la práctica de la nación requiere al menos dos esfuerzos espirituales previos. Abrirse al azar de lo indeterminado y a la singularidad de cada caso nacional. En segundo lugar, tomar la actitud que hubiese sido la de Max Weber, la de una “elaboración reflexiva”. Ninguna prudencia es suficiente en la materia a la que nos aproximamos. Tiene contenidos intensamente conviviales como destructivos. Pueden ser raíz como también hoguera.

Estamos en el siglo XXI, y pese a todo, la idea de nación sigue siendo densa y con múltiples sentidos, al punto que el célebre Diccionario de Casares, llamado inútilmente “*ideológico*” de la *Lengua Española*, pasa de largo ante el desafío de resumir qué es nación y se detiene solamente en qué es nacionalidad. Lo que se llama en buen castellano, cortar por lo sano. No es el camino de la facilidad el que hemos elegido.

## **NACIÓN. HISTORICIDAD DE UN CONCEPTO. UN ORIGEN HUMILDE, BORROSO**

Del latín *nasci*, es decir nacer, el concepto en sus orígenes es más que humilde, vecinal, vagamente sugiere una colectividad. El grupo señalado ni siquiera llega a ser una gens, que implicaría familia, según la unanimidad de latinistas. Por ejemplo la gens Cornelia, los Scipion, o incluso más anchamente, la gens Sabina, el pueblo sabino. De ahí, pronto y en la ambición política y filosófica de los romanos, en su camino a volverse imperio, gens humana. El género humano. No, no es así con *nâtio*, que según las autoridades (y la mejor, el *Diccionario* de Gaffiot, profesor en la Sorbonne) nación da a lo más para designar una poblada, parte de una gens, de un pueblo. Incluso se la usa con ironía, los de una secta, una tribu hostil. De peor en peor, al vocablo, ya en plural, se le atribuye a gentiles y paganos, es decir, *nationes*, los distintos.<sup>10</sup> Así, el vocablo que en nuestros días quiere decir los “nuestros” en sus inicios designaba a los extraños. ¿Cómo pudo volverse su antónimo? Es eso lo que intentaremos explicar.

<sup>9</sup> Paul Ricœur, *Temps et récit. Tome I: L'intrigue et le récit historique*, Le Seuil, 1983, p. 251.

<sup>10</sup> F. Gaffiot, *Dictionnaire Latin Français*, Hachette, París, 1934.